



28 de septiembre
de 2019

HIMNO DE APERTURA:

Himnario adventista, n° 518

«Jesús está buscando voluntarios hoy».

LECTURA BÍBLICA:

Apocalipsis 3: 21.

HIMNO FINAL:

Himnario adventista, n° 610

«Escuchamos tu llamada».

Un verdadero conquistador

Introducción

La vida de un conquistador nunca ha sido fácil. Siempre estará llena de desafíos, metas y objetivos que lograr. Pero, ¿qué es un conquistador? Para algunos, es aquel que se desafía para lograr algo que parece imposible. La historia nos narra la vida de grandes personajes que se destacaron por ser conquistadores y exploradores. Uno de ellos, fue Cristóbal Colón, quién descubrió América. Para lograrlo, tuvo que desafiar a todos aquellos que no creían en él ni en su proyecto de expedición. Sin embargo, se arriesgó a surcar los mares y llegó a lo que hoy conocemos como América.

Doce príncipes

La Biblia presenta el relato de doce príncipes que Dios escogió a través de Moisés, para ir a reconocer la tierra que el pueblo de Israel iba a conquistar. Dios le dijo a Moisés: «Envía unos hombres que reconozcan la tierra de Canaán, la cual yo doy a los hijos de Israel; enviaréis un hombre por cada tribu paterna, todos ellos príncipes» (Núm. 13: 2).

A estos príncipes se les había encargado la tarea de explorar el territorio y traer un informe detallado de cómo era la tierra que Dios había preparado para el pueblo de Israel. Moisés les dijo: «Observad cómo es la tierra y el pueblo que la habita, si es fuerte o débil, escaso o numeroso; cómo es la tierra habitada, si es buena o mala; cómo son las ciudades habitadas, si son campamentos o plazas fortificadas, y cómo es el terreno, si es fértil o estéril, si en él hay árboles o no. Esforzaos y traed de los frutos del país» (Núm. 13: 18-20). Sin duda, Dios tenía el propósito de que sus hijos supieran que lo que él había preparado para ellos era bueno.

La Biblia nos dice que «llegaron hasta el arroyo Escol y allí cortaron un sarmiento con un racimo de uvas, el cual llevaron entre dos en un palo, y también granados e higos» (Núm. 13: 23). Y después de recorrer toda la tierra, se dieron cuenta de que verdaderamente ese lugar era bueno en gran manera.

Cuando regresaron con Moisés y con el pueblo, dieron su informe, el cual fue: «Nosotros llegamos a la tierra a la cual nos enviaste, la que ciertamente fluye leche y miel; estos son sus frutos. Pero el pueblo que habita aquella tierra es fuerte, y las ciudades muy grandes y fortificadas; también vimos allí a los hijos de Anac» (Núm. 13: 27-28).

Al parecer, todo estaba bien. Sin embargo, había un gran problema: «Los hijos de Anac» vivían allí. ¿Quiénes eran ellos? Eran hombres que median entre dos y cuatro metros, aproximadamente. La persona más alta de nuestros tiempos mide alrededor de dos metros y ya para nosotros es alta. Y de paso, sus casas estaban fortificadas. Algunos principios tuvieron miedo y pensaron que sería imposible conquistarla, pero uno de los príncipes llamado Caleb se levantó y dijo a Moisés y al pueblo: «Subamos luego, y tomemos posesión de ella, porque más podremos nosotros que ellos» (Núm. 13: 30).

Mientras, otros príncipes dijeron: «“No podemos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros”. Y hablaron mal entre los

hijos de Israel de la tierra que habían reconocido, diciendo: «La tierra que recorrimos y exploramos es tierra que se traga a sus habitantes. Todo el pueblo que vimos en medio de ella es gente de gran estatura. También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes. Nosotros éramos, a nuestro parecer, como langostas, y así les parecíamos a ellos» (vers. 31-33).

Esta historia nos enseña que existen dos tipos de conquistadores: uno que es cobarde y temeroso, y otro que es valiente aun cuando todos tienen miedo.

Entonces, al escuchar a los príncipes cobardes, el pueblo de Israel se desanimó y comenzó a gritar de tristeza. Incluso algunos dijeron: «¡Ojalá hubiéramos muerto en la tierra de Egipto! ¡Ojalá muriéramos en este desierto!» (ver Núm. 14: 1-4). Y aquí recibimos la primera lección: los cobardes se rinden antes de tiempo. Un verdadero conquistador es valiente frente a las dificultades.

Mientras todo esto pasaba, un valeroso conquistador llamado Josué unió su voz a la de Caleb, y dijo:

«La tierra que recorrimos y exploramos es tierra muy buena. Si Jehová se agrada de nosotros, él nos llevará a esta tierra y nos la entregará; es una tierra que fluye leche y miel» (Núm.

14: 8). Estos conquistadores no confiaban en

sus propias fuerzas, sino en lo que Dios podía hacer a través de ellos. La segunda lección es que un verdadero conquistador es aquel que confía, no en sus fuerzas, sino en el poder de Dios.

El pueblo en ese momento, se enojó tanto, que quiso apedrear a Josué y a Caleb, pero la gloria de Dios se manifestó y los protegió. Y Dios declaró que los que no habían querido obedecer su voz, no entrarían en la tierra prometida. «Pero a mi siervo Caleb, por cuanto lo ha animado otro espíritu y decidió ir detrás de mí, yo lo haré entrar en la tierra donde estuvo, y su descendencia la tendrá en posesión» (Núm. 14: 24). Caleb tuvo la bendición de heredar la tierra prometida porque fue obediente a la voz de Dios, aun cuando parecía imposible lograrlo. La tercera lección es que un verdadero conquistador es obediente a Dios, aun cuando todos estén en su contra.

Al final, la historia termina diciendo que los diez príncipes que fueron cobardes y desanimaron al pueblo, murieron junto con sus familias en el desierto. Solamente Josué, Caleb y sus familias quedaron con vida y conquistaron la tierra prometida (ver Núm. 14: 36-38). Como cuarta lección tenemos que los verdaderos conquistadores cumplen la voluntad de Dios en sus vidas, y por medio de ellos sus familias son bendecidas.

Llamado

Dios anhela que sus hijos sean conquistadores, que sean valientes y decididos, que confíen en Dios y que sean obedientes a pesar de las dificultades. ¿Estás dispuesto hoy a ser un gran conquistador?

Noé Gómez Chable,

Director de Jóvenes de la Misión Sur
de Quintana Roo

Unión Mexicana del Sureste